

San Marcos



25 de abril de 2024

1P 5,5-14

Sal 88

Mc 16, 15-20

P. Eduardo Suanzes, msps

Hoy la Iglesia recuerda agradecida a Marcos, el autor del evangelio más antiguo, el primero que se escribió. Antes de Marcos solo había tradiciones orales y panfletos sueltos sobre la vida de Jesús que pasaban de comunidad en comunidad, de región en región, de país en país...; recuerdos comunitarios y celebraciones litúrgicas de la primitiva Iglesia. Habían pasado ya 40 años de los eventos del Jesús histórico y la genialidad de Marcos fue la de crear un género literario hasta el momento inexistente: el género evangelio. Más tarde, Mateo, Lucas y Juan lo seguirían, incluso perfeccionando dicho género.

¿Quién fue el autor del primer evangelio? Pues la verdad es que en el mismo escrito nada se dice de él, a diferencia del de Lucas, que se menciona expresamente. Cincuenta años después de haberse escrito Marcos, sobre el año 120, el obispo Papías de Hierápolis (una ciudad del centro de Turquía), quiere asegurar la autoridad y el prestigio del evangelio más antiguo ligándolo indirectamente al apóstol Pedro. Se presenta como autor a Marcos, el cual «habiendo sido el intérprete de Pedro, escribió exactamente, aunque no con orden, cuanto recordaba de las cosas dichas o hechas por el Señor. Él, en efecto, no había oído al Señor ni había andado con él, sino que más tarde, como he dicho, anduvo con Pedro. Éste daba las instrucciones según lo exigían las circunstancias, pero sin intentar hacer un relato ordenado de las sentencias del Señor; así que Marcos no incurrió en defecto alguno escribiendo ciertas cosas tal como las recordaba. Pues sólo una cosa le importaba: no omitir nada de lo que había oído, y no consignar nada que no fuera verdad»¹.

Fuera, como fuere, que lo que hoy quiere la Iglesia hacer es dar gracias a Dios por suscitarnos al autor del primer evangelio escrito, al que llamamos Marcos, compañero de Pedro en los años finales de su vida. El trozo del evangelio que hemos leído hoy es precisamente la conclusión del mismo, su últimos cinco versículos.

Conocemos de sobra el significado de los relatos de la Ascensión y que ellos van hacia la explicación de lo verdadero que está por encima de la realidad material, de lo real, podríamos decir. Me explico: Dios es "El Altísimo", pero no en metros; cuando se dice que Jesús subió al cielo, no se está hablando de "metros", ni de arriba, sino que llegó a la meta suprema. El Viento de Dios sopla en Jesús y en el creyente, pero no lo mide un anemómetro; los que crean no hablarán en lenguas nuevas de gratis (tendrán que tomar clases de inglés o francés, si quieren aprenderlos), y si agarran una cascabel o una caracolillo, por Dios que les morderá, quedan avisados; si beben veneno estirarán la pata, como los demás, y no serán médicos milagrosos; si quieren curar tendrán que estudiar medicina. Lo que aquí se está diciendo es otra cosa.

¹ EUSEBIO, *Hist. Ecl. III, 39,3-4*. El conjunto de la obra de Papías (*La Explicación de los dichos del Señor*) se perdió, y sólo quedaron fragmentos del prefacio de la misma, citados por Eusebio, como el referido arriba.

Miren. En este pasaje se recoge la instrucción final de Jesús a los Once: «—*Vayan por todo el mundo y prediquen el Evangelio a toda creatura*». El Resucitado² es el Señor de la Creación y los hombres responderán a esa proclamación o con la fe o con la incredulidad, pero nada ni nadie es excluido de la salvación: toda la creación está llamada a la salvación, entendiendo por salvación la unión íntima en la Trinidad. Una Vida definitiva que comienza desde ya. Se ve claro que, cuando se escribió este texto, ya se han superado las polémicas de las primeras comunidades sobre la universalidad o no del mensaje de Jesús.

Los cinco tipos de milagros que acompañarán a todo el que crea hay que entenderlos desde la perspectiva de Pentecostés. Al recibir el Espíritu en el bautismo el creyente se ha convertido en una criatura nueva y Cristo Resucitado actúa por él en medio de la comunidad. El creyente se ha convertido en un faro luminoso que, silenciosamente, ilumina, por la acción del Espíritu Santo en él, la realidad en la que vive: sus dinámicas antiguas de muerte se han convertido en dinámicas de vida y todo lo interpreta, lo vive y actúa desde esa perspectiva iluminadora. Hablará lenguas nuevas, arrojará demonios, podrán beber venenos mortales, cogerán serpientes en sus manos, curarán a los enfermos... Todo esto nos habla de postración humana, de vulnerabilidad y peligro, de caminos oscuros e incomprensibles. El creyente vive justamente en la realidad opuesta y su misión es iluminar los sótanos oscuros de la creación postrada.

Por último, Marcos le da el título de *Kyrios* al Resucitado: «*el Señor Jesús*». Esta expresión no aparece en ningún otro lugar en los evangelios, solo en Pablo y en los Hechos de los Apóstoles. Ellos, los apóstoles, experimentaron el apoyo eficaz del *Kyrios*, su cooperación, porque textualmente se nos dice que «*el Señor actuaba con ellos y confirmaba su predicación con los milagros que hacían*». Es interesante notar que la confirmación de la palabra, de la predicación, son los hechos milagrosos, es decir, las acciones de vida que el apóstol realiza, o mejor dicho, que el Espíritu Santo realiza a través de él.

La pregunta que se nos lanza aquí es: ¿Quién es el señor de mi vida? ¿A quién sirvo, a quién venero, a quién adoro por encima de todas las cosas?³

«*Jesús, el Señor*» no significa que Él sea el Amo y que es alguien muy importante, sino, sobre todo, que es nuestro Señor, mi Señor, el que define mis criterios, el que marca mis valores, el que confiere sentido a mi vida, aquél en quien he puesto mi confianza, aquél de quien me fío para poder llamar a Dios "*Abbá*" y ponerme a vivir a su estilo, buscando sin engaños lo que más deseamos, que es la felicidad.

² Cfr. JOACHIM GNILKA. *El Evangelio según San Marcos Vol.II*. Ed. Sígueme. Salamanca 2001.

³ JOSÉ ENRIQUE GALARRETA, SJ. *¿Quién es el Señor de mi vida?*, en www.feadulta.com